

Sandra Gayol & Gabriel Kessler, 2018.

*Muertes que importan: Una mirada sociohistórica sobre los casos que marcaron la Argentina reciente.*

Buenos Aires: Siglo XXI Editores. Serie Sociología y política. 264 p.

3

Si hay algo de verosímil en la proposición que afirma que parte de lo que somos son las historias que nos contamos, entonces el libro en cuestión tiene algo para contar-nos sobre lo que somos. Y el camino que elige para comenzar su historia es un final, son finales: la muerte, las muertes. Es el final de una investigación de varios años con un exhaustivo análisis de medios de comunicación, entrevistas y fuentes secundarias. Pero también el de la vida de ciertas personas, de ciertos cuerpos: el de María Soledad Morales, el de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, Santiago Maldonado o Rafael Nahuel. Imposible hacer justicia al derrotero de nombres propios que diseñan ese paisaje de muertes y sismos sociales. Palabras y nominaciones de la historia reciente argentina que siguen estallando: AMIA, Cromañón, diciembre de 2001. Muertes que se traducen en disposiciones, impulsan cambios, generan nuevas temporalidades y configuraciones.

Esta es la clave que propone *Muertes que importan...* para recorrer su amento y claro registro de escritura: analizar las inflexiones sociohistóricas a partir de muertes violentas vinculadas a la acción estatal, que lograron conmocionar en la Argentina entre 1985-2002. Escrito a cuatro manos, el sociólogo y la historiadora se centran en las potencias transformadoras desencadenadas por muertes de personas que eran desconocidas, anónimas.

Articular muertes violentas, problemas públicos y cambios sociales se torna una tentadora perspectiva para comprender problemáticas de la Argentina reciente y las sendas del período que marca el fin de la última dictadura argentina (1976-1983). Priorizando la selección teórica y la profundización de casos por sobre la exhaustividad, uno de los marcos de inteligibilidad de estas muertes es el del pasado dictatorial reciente, donde la muerte y la violencia estatal conformaron estructuras de sentimiento y configuraciones culturales para fijar límites, excesos y reclamos. Es también durante el período considerado que las muertes del terrorismo genocida son discutidas y reconfiguradas mientras se hallan nuevas fosas colectivas, se juzga a sus perpetradores, se interrogan responsabilidades e involucramientos.

Estructurado en cinco capítulos, el primero de ellos ofrece un panorama general de las muertes conmocionantes del período analizado, identificando "fases" según las formas de morir que toman la escena pública en cada época, yuxtaposiciones no necesariamente isócronas a los cambios de gobierno: la "mano de obra desocupada" y la "restauración democrática" como características para el "alfonsinismo"; corrupción, impunidad y muertes dudosas en el "menemismo"; crisis y protesta social para la "Alianza"; tragedias, inseguridad y violencia de género para el

“kirchnerismo”. La muerte se evidencia como recurso de la política: cada puesta en escena permite interrogar sus condiciones históricas de posibilidad y visibilización, ejes a los que una y otra vez remiten los autores de manera tenaz y pedagógica.

El segundo capítulo se focaliza en el rol de los medios de comunicación de alcance nacional –principalmente prensa escrita y televisión– para tornar muertes individuales en problemas públicos. El modo en que, a partir de sus muertes, biografías ignotas son ubicadas en el centro de la agenda para discutir cuestiones conflictivas y no estabilizadas es delineado mediante el ejemplo del banquero Osvaldo Sivak, secuestrado en 1985 y asesinado por integrantes de la Policía Federal Argentina; el fusilamiento, en 1987, por parte de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, de tres jóvenes en Ingeniero Budge; la violación y el asesinato de María Soledad Morales en Catamarca, durante 1990, perpetrado por hombres ligados al poder político provincial; el homicidio, en 1994, de Omar Carrasco en el cuartel del Ejército de Zapala; o las ejecuciones policiales de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán el 26 de junio de 2002 en Avellaneda. Observan de qué forma es tratado y retratado cada hecho noticiable de modo que fuese posible imaginar estos problemas en clave nacional y despersonalizada. Dichos pasajes hacen a los juegos multiescalares que recorren todo el libro, una de las características desafiantes y logradas de su escritura.

El tercer capítulo analiza los cuerpos muertos y las formas de matar: ¿qué reacciones y dinámicas sociales son producidas a partir de las formas concretas y materiales en las que esas vidas fueron arrebatadas? El

cuerpo es comprendido como “vehículo de información”, que procesada socioculturalmente permite movilizar reclamos y demandas a partir de las marcas y los silencios que habitan los cadáveres llorados. ¿Qué puede un cuerpo? Un cuerpo puede sostener muchos sentidos. Está ahí, no habla, no responde, no narra. Sin embargo, su superficie puede transformarse en un texto para la positividad de los discursos y los circuitos médico-forenses. Las explicaciones locales se mantienen polisémicas y entrelazan “rumores y los chismes” como formas alternativas a la explicación mediática o judicial, causas y consecuencias que son empleadas a escala local para poder dar sentidos más o menos verosímiles y plausibles a los acontecimientos disruptivos.

Algunas consecuencias significativas y perdurables son abordadas en el cuarto capítulo. Se analizan los cambios generados por dos muertes violentas desde una perspectiva analítica y atenta a las referencias de “agentes históricos” que hacen fluidas las significaciones de las muertes: el fin del servicio militar obligatorio en el caso de Omar Carrasco y su imbricación en los debates previos y posteriores a su ocurrencia; la intervención federal que, a partir de la muerte de María Soledad Morales, pone en jaque el monopolio político que ejercía, desde el primer peronismo, la familia Saadi en Catamarca, como su apropiación por las luchas feministas y de mujeres de larga duración.

El último capítulo crea un desplazamiento de la tónica general, interrogando casos que tuvieron repercusión a escala local o regional pero no consiguieron el mismo tipo de resonancia nacional. El “triple crimen” de Cipolletti de 1997 y el “segundo

triple crimen” de 2002, donde murieron seis mujeres en circunstancias nunca esclarecidas, es uno de los ejemplos indagados. Analizan en una amplia variedad de casos el gran impacto local que tuvieron estos episodios, con tasas de homicidio menores a las medias latinoamericanas pero en aumento. Así, un tipo de lectura de muertes violentas que devendrá hegemónica es la atribuida a la inseguridad. Estos acontecimientos consiguieron romper el cotidiano y transformar los espacios locales, aunque en los lugares y personas marcadas previamente como conflictivas, el estigma era reforzado y la posibilidad de naturalizar su ocurrencia se volvía más probable, rasgo que, a diferencia de países como México, Colombia o Brasil, no es encontrada por los autores en Argentina. Ser joven, pobre, racializado, vivir en “Fuerte Apache” son características que no sólo hacen más probable morir de forma violenta, sino que lo hacen más tolerable. Clases socioeconómicas, acceso residencial, género, edad o racialización son clivajes de diferencias y desigualdades que gravitan para definir quienes (importan cuando) viven, quienes (importan cuando) mueren.

La mirada transversal atenta a la movilización y el reclamo social se encuentra en todos los casos. Familiares, personas allegadas y vecinos protagonizaron muchas de estas coberturas *post mortem* y conformaron mitos que dan cuenta de un estado de cosas actual, narran eventos que inauguran rasgos de nuestra absoluta contemporaneidad: la caducidad del servicio militar obligatorio, la resigni-

ficación de la protesta social. Los autores señalan también cambios profundos en las maneras de nombrar, de clasificar, de ver. “Femicidio” no existía como término en el sentido común y el vocabulario judicial para dar cuenta de la violencia sufrida por María Soledad Morales, por las jóvenes de Cipolletti, por las cientos de mujeres asesinadas cada año. “Gatillo fácil” tampoco existía en el léxico habitual para pensar la violencia y selectividad policial en las muertes protagonizadas por jóvenes de sectores populares que se fueron adicionando en forma sostenida a los tres de Ingeniero Budge. Como parte de los vacíos, no aparecen casos de “travesticidio” que lograsen conmocionar sus contextos, siendo los grupos de trans-travestis quienes soportan una de las más bajas expectativas de vida y alta prevalencia de muertes violentas. Las de integrantes de pueblos originarios que desestabilizan nociones etnocéntricas sobre la muerte y la extienden en sus reclamos a personas no humanas tampoco adquieren hasta la corriente década mayor visibilización.

Quizás las personas sobre las que trata el libro aún no han muerto. Han muerto sus cuerpos, pero siguen *presentes*, como íconos, como emblemas, como insignias, han conseguido un modo de existencia propio y se han incrustado en las palabras y sentidos de nuestro presente. Esperamos que este diagrama de *Muertes que importan...* pueda menos invocar sus contenidos y fijar sus ideas que provocar su lectura y recorrido, mantener vivo el mito y la memoria.

Joaquín Vélez

Universidad Nacional de La Plata / CONICET